



SAUVY EL NEOMALTUSIANISMO

¿DESARROLLO O ANTIDESARROLLO?

LOS mitos, en nuestro tiempo, se extienden a partir de los hombres de ciencia. Tal vez haya sido siempre así, pero las diferencias con otros tiempos son notables: el científico de hoy, mitificado ya como infalible, sobre todo desde que tiene como ayudante al cerebro electrónico —una parte de ese mito le considera a veces a la inversa, como si fuese él mismo ayudante del cerebro electrónico—, tiene, además, a su lado a los grandes medios de comunicación, de forma que sus teorías no solamente se extienden inmediatamente, sino que se extienden ya cargadas del poder de convicción y de persuasión que desarrollan esos medios, no siempre deliberadamente, sino muchas veces por su propia condición.

El mito de que el mundo está «terminado de hacer» precisamente ahora que la especie hu-

mana ha terminado su evolución, y que este es el momento de terminar ya con el progreso, acompañado de la idea de que la continuación del progreso y el desarrollo no pueden traer más que males o desgracias para la colectividad, y de una serie de mitos menores y paralelos, se ha extendido notablemente. Comenzó a circular con firmeza hacia 1970, y se popularizó en 1972, con tres informes avalados por procedencias distintas, pero todas ellas de prestigio o de gran arraigo popular: el informe del Club de Roma —una colección de sabios y científicos reunidos por una importante firma comercial—, el del Instituto Tecnológico de Massachusetts y el llamado «informe Mansholt»: el secretario general de la Comunidad Europea, que, al terminar su mandato, dejaba una especie de testamento. TRIUNFO se ha ocupado considerablemente de estos informes.

De ellos surgió la idea del «Crecimiento cero» (ZEG, o *Zero Economical Growth*) y del «Crecimiento cero de la población» (ZPG, *Zero Population Growth*). Se publica ahora en España (Editorial Dopesa, Barcelona) un importante libro crítico de estos informes o de esa idea, «¿Crecimiento cero?», de Alfred Sauvy, casi inmediatamente de su edición en París. Alfred Sauvy es un gran analista de la estadística, especializado en problemas de crecimiento y de población. Su labor ha sido siempre divulgadora, a través de revistas y conferencias, casi siempre desde una interesantísima posición: la de demostrar que los datos y las cifras que pueden parecer incontrovertibles, aún manejadas por la supuesta infalibilidad de los computadores, tienen varias interpretaciones distintas, y por tanto, ninguna conclusión debe considerarse como definitiva.

Las tres amenazas

Las tres amenazas del informe del Instituto Tecnológico de Massachusetts, y, por lo tanto, de los otros informes y especulaciones en ese sentido, serían estas: 1) el crecimiento exagerado de población hace que el mundo sea demasiado pequeño para los hombres y amenaza con el hambre; 2) los recursos energéticos se están agotando; 3) la degradación del capital natural se acentúa (equivalencia de la contaminación, la polución, el desgaste del medio ambiente, etcétera). Estas degradaciones son cinco principales: 1) la contaminación de la atmósfera por el uso de tóxicos en hogares, fábricas, motores; 2) el agua de ríos y lagos está infectada por productos químicos; 3) la erosión del suelo puede convertir grandes regiones en desiertos; 4) la acumulación de desperdicios sólidos contribuye a la

¿DESARROLLO O ANTIDESARROLLO?

contaminación; 5) el empleo de productos tóxicos en agricultura para combatir los parásitos se vuelve en contra del hombre, bien por acumulación en el cuerpo humano, bien por destrucción del equilibrio ecológico. A mayor distancia aparecen otras amenazas: la atmósfera sufre el desafío del consumo de oxígeno y de su degradación por la disminución de superficie de los bosques; el agua de los mares lo está por el arrastre de impurezas de los ríos y por las deyecciones de los navíos; las radiaciones pueden acumularse y producir mutaciones biológicas; el clima puede llegar a cambiar.

Otros efectos: el ruido causa trastornos nerviosos, la estética natural desaparece, la presión de la vida produce enfermedades, la criminalidad aumenta... Estos datos son más eficaces aún porque el ciudadano los ve, los siente. Ya hay hambre en gran parte del mundo, ya la atmósfera se hace irrespirable, ya la superpoblación ahoga las grandes ciudades...

Para Alfred Sauvy, esta visión del problema no es enteramente real, sino que en parte procede de un catastrofismo emanado por los medios de comunicación, y por otra parte procede de un mal reparto del progreso. Es decir, no niega los datos esenciales del problema, sino que explica que éste está mal enfocado y que su solución no debe ser la propuesta por los informes citados, la detención del desarrollo y la población en el punto actual, sino la planificación a escala mundial del crecimiento.

Sauvy recuerda en la primera parte de su historia el desarrollo histórico del mito. Si en los textos primitivos se cultivaba y se idealizaba la fecundidad, ya los griegos —Platón— proponían una limitación de las poblaciones, y las dos doctrinas, natalista y antinatalista, sobreviven hasta nuestros días. Hay, por otra parte, como una soberbia en los hombres de cada época, que consiste en considerarse como el colmo de la perfección, por encima de las edades antiguas y con considerables dudas —por lo menos— acerca de la posibilidad de las generaciones futuras de mejorar su obra.

Esta idea aparece continuamente en nuestros días por el fenómeno regular y habitual de los que evocan «sus tiempos» y cargan a la juventud con todos los desastres posibles para lo inmediato. La aparición de la máquina, ya en la era industrial, acrecienta los temores: la máquina puede dominar el mundo, el mundo se va a deshumanizar... Naturalmente, en el desarrollo histórico del mito aparece el nombre de Malthus en un lugar privilegiado. Marx le criticó en el

sentido de que Malthus defendía a los ricos amenazados por creciente marea de los pobres; es la misma posición que adoptan ahora los comunistas con respecto a los informes del crecimiento cero y de la limitación de nacimientos.

En los últimos años, el problema general se plantea, según Sauvy, de esta manera: el progreso técnico ha sido más rápido que nunca; en lugar de satisfacer las necesidades, la distribución excedentaria del dinero ha hecho subir los precios y finalmente ha planteado la gran cuestión de los recursos del planeta. Esta aceleración se debe en una parte a la competencia de los regímenes —es, por lo tanto, política—, y en otra, como medio técnico, al desarrollo del papel moneda.

Problemas demográficos

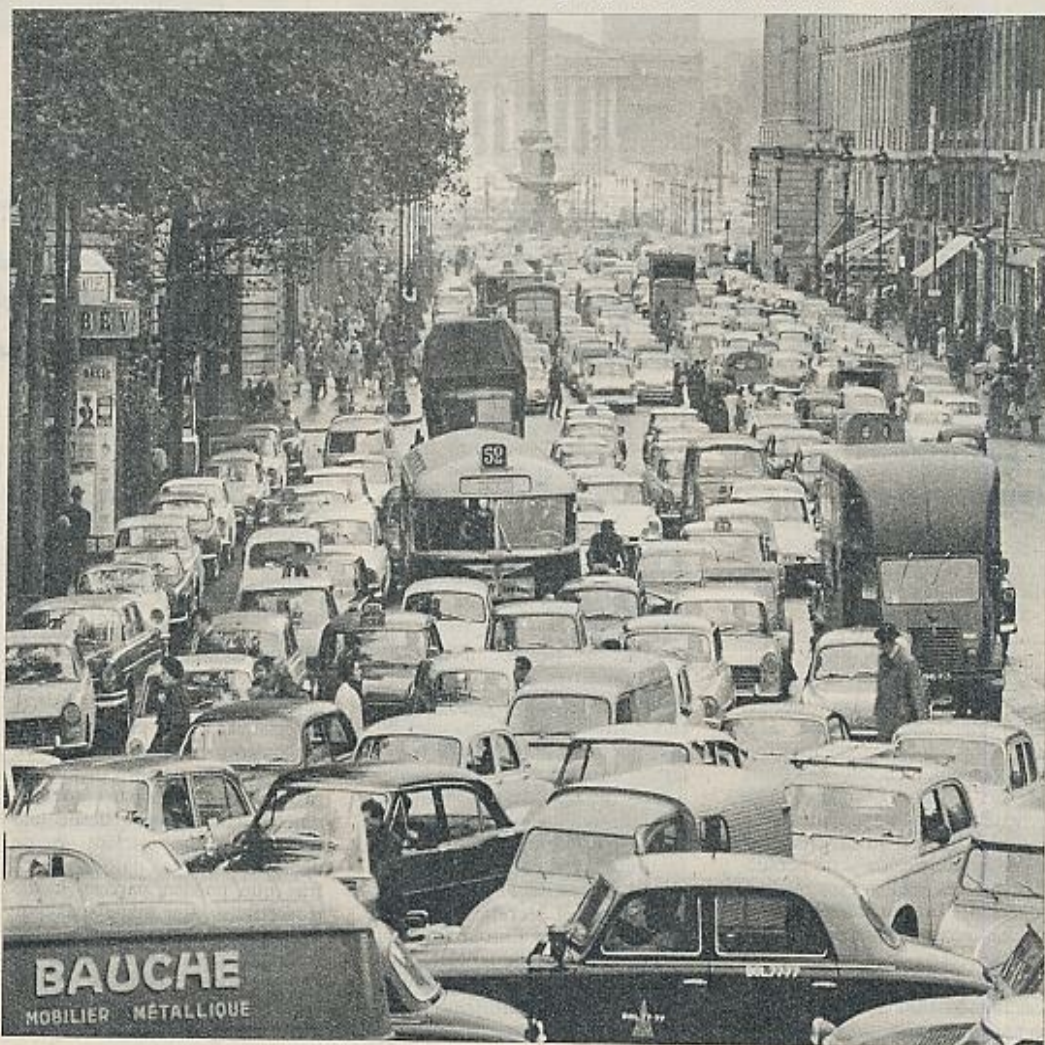
La modificación en la estructura de las poblaciones, que tiene

un efecto decisivo dentro de esta aceleración, se ha nutrido de otras clases de técnicas: antimortales, anticonceptivas y económicas. La que se ha extendido con más rapidez es la de las técnicas antimortales, como técnicas de masa, fáciles y cómodas. Basta, por ejemplo, con verter en los depósitos de agua de El Cairo o de Bombay una pequeña cantidad de cloro para salvar decenas de miles de personas cada año. Las vacunaciones, la antiseptia, entre otras técnicas, son decisivas. En cambio, los medios anticonceptivos no han dado un resultado paralelo. En primer lugar, porque hay que contar con el individuo, y éste es quien debe actuar personalmente. Grandes masas de la población mundial son reacias al empleo de anticonceptivos, por tradición o por religión; en otros casos, la ignorancia los hace inútiles (se cuenta el caso de maridos africanos que consideran que las mujeres son demasiado estúpidas para se-

guir el plan de la pildora, y se la toman ellos). En cuanto a las técnicas económicas —la mejora de las técnicas agrícolas, el uso de las máquinas—, tampoco ha podido dar resultado en el Tercer Mundo y en grandes zonas europeas, por la misma razón de la falta de colaboración humana. La desigualdad entre las técnicas antimortales y las anticonceptivas ha producido un salto de la población mundial muy superior al que se había podido calcular.

Sauvy no es antinatalista. Teme que la demografía, por la enorme influencia de las místicas —natalistas o antinatalistas—, no haya conseguido aún ser una ciencia. Tal como Sauvy plantea el problema, la limitación de nacimientos por medios anticonceptivos puede arrojar resultados absolutamente imprevisibles. La idea de que la disminución de población en un país ha de significar la desaparición de aquellos que sufren hambre y miseria no le parece coherente, porque

La atmósfera sufre el desafío del consumo de oxígeno y el ruido causa trastornos nerviosos.



no supone necesariamente que el reparto de la riqueza vaya a ser más justo o que pueda haber más igualdad. En cambio, puede producir desigualdades entre las clases de edad. En cuanto a la política de la antimortalidad, cree que debe dirigirse, en Medicina, más que a prolongar la vida humana por sí misma, a mantener la juventud el mayor tiempo posible; es inútil que el hombre viva diez años más, si los vive sufriendo y de una manera improductiva, y sería mucho mejor que viviera plenamente hasta su último momento.

Las amenazas contra la Naturaleza le parecen graves. El hombre antiguo vivía en circuito cerrado: sus desechos, sus excrementos, los cadáveres animales y humanos, se reintegraban a la Naturaleza y la fecundaban, volvían a ser útiles. Había una simbiosis. Pero ahora, el poder del hombre es ya suficiente como para permitirle destruir sin dar a la Naturaleza lo que él toma de ella. En este sentido, considera que el desarrollo económico es más responsable que el crecimiento de la población.

Los remedios

En cuanto a las medidas posibles para hacer frente a la situación, Sauvy pretende que lo primero y más necesario es avanzar en el sentido del conocimiento. Se manejan datos para el futuro con muy poca responsabilidad o con la mezcla de afectividades, sentimentalismos, místicas o arrastres del mundo antiguo. Con este conocimiento habría de cambiar las sociedades «verticales» por las horizontales.

Una sociedad vertical —la única que ha conocido hasta ahora la sociedad— está establecida sobre una jerarquía y sobre el sacrificio de la base, y la superpoblación se ha resuelto por sí misma: por la muerte de los excedentarios. Y la extrema desigualdad social impedía la degradación de los capitales naturales, porque las tomas de la Naturaleza eran limitadas. La aparición de la sociedad horizontal ha multiplicado la facultad de consumir y de destruir. Esta sociedad «sabe producir de todo, menos la satisfacción». «Generador del progreso, debido a la presión general que se desprende de él, este descontento también conduce a pérdidas suplementarias. Los gobernantes no satisfacen ciertas deficiencias más que creando otras, y son incapaces de comprender la masa de problemas concretos y sus relaciones recíprocas. Incluso si las reivindicaciones cesaran por encantamiento, no podrían gobernar de forma perfecta, y no podrían redu-

cir la pérdida total más que a un mínimo incomprensible».

Las formulaciones generales de Sauvy son siete: 1) Sin llegar a una previsión negra, el asunto es grave; 2) el problema de la población es menos importante que la oposición entre los países ricos y los países pobres y la explotación de éstos por aquéllos; 3) deben hacerse grandes investigaciones para precisar los políticos y su posible vencimiento para establecer los grados y las prioridades, y después para encontrar los medios de conjurarlos; 4) el crecimiento de las consumiciones por persona, es decir, el desarrollo económico, está por encima de cierto límite, más nocivo que el crecimiento de la población; dicho de otra forma, la responsabilidad incumbe a los países ricos más que a los países pobres; 5) la fórmula *crecimiento cero* está desprovista de todo sentido, y aunque sean necesarios cambios profundos, no se debe hablar de estado estacionario en un período de progreso técnico; es una extraña contradicción; 6) cuanto más necesarios sean los rigores, más se impondrá un régimen socialista, y 7) es imprudente informar al público sobre amenazas que corren el riesgo, un poco más tarde, de no tener objeto, porque estará tentado de no creer en ninguna y adoptar resistencia a cualquier precaución.

Las transformaciones de la vida sólo pueden hacerse por medio de alguna dictadura o adoptadas voluntariamente por la población; «la segunda eventualidad es mucho más preferible». Sauvy encuentra finalmente que es un socialismo de carácter universalista el que puede resolver la situación. «Si el socialismo —matiza en las últimas líneas de su libro— no ha conseguido imponerse en los países capitalistas ni dar abundancia y libertad en los países socialistas, el fallo es evidentemente de los socialistas. Para triunfar definitivamente sobre los hombres y las cosas, sólo les queda por derribar los dogmas heréticos del siglo XIX y los otros. Sin duda, las posibles aventuras del siglo XXI contribuirán a tal destrucción creadora».

La exposición de las ideas de Sauvy no supone necesariamente una adhesión a su doctrina: es un tema abierto a toda discusión, y el mismo autor lo deja abierto, basando todo el tiempo su pensamiento en la obligatoriedad de profundizar más en el verdadero conocimiento y no en aceptar como premisas válidas lo que ahora se cree saber, y que es incompleto. Tampoco este resumen puede sustituir a la lectura total del libro, que es, lógicamente, de un contenido mucho más rico y más matizado. ■ J. A.



La descomunal máquina destructora norteamericana está provocando el cambio de las condiciones biogeográficas y humanas.

ECOLOGIA

INDOCHINA: GUERRA AL ECOSISTEMA

Según el Departamento de Defensa del Gobierno norteamericano, el Ejército estadounidense ha lanzado en los últimos diez años un total de siete millones cuatrocientas mil bombas, aproximadamente, sobre los territorios nacionales de Camboya, Laos y Vietnam, cuya extensión total es de setecientos cuarenta mil kilómetros cuadrados, aproximadamente. O sea, un promedio de diez bombas por kilómetro cuadrado de territorio indochino. La cifra citada de siete millones cuatrocientas mil unidades explosivas es tres veces superior a la cantidad lanzada por los bombarderos estadounidenses durante toda la segunda gran guerra. Por añadidura, las bombas que han hecho explosión sobre la península Indochina son de mayor volumen y poder destructivo que las utilizadas hace veintiocho-treinta años contra los dominios de Hitler e Hiro-Hito.

Y según las más recientes declaraciones del Presidente Nixon, existe el propósito de reanudar los bombardeos ante el menor movimiento de las tropas y fuerzas anti-imperialistas. Por las declaraciones públicas del secretario de Prensa del Presidente norteamericano, Gerald Warren, se sabe que el máximo ejecutivo estadounidense aceptó "con muy poco agrado" la reciente ley del Congreso que obligaba a suspender las operaciones militares directas (bombardeos, fundamentalmente) norteamericanas sobre territorio camboyano. Finalmente, se debe tener bien presente que Nixon amenazó con "severas represalias" a las fuerzas del Frente Nacional Unido camboyano si intentan obtener ventajas de la situación de cese militar norteamericano. Y a nadie le cabe la menor duda de que Sihanuk no cesará en su avance sobre Phnom Penh.

Un tanto al margen de la lucha de intereses, no solamente ideológicos, que se desarrolla sobre la península Indochina, un aspecto merece ser destacado: la destrucción del paisaje (en su consideración más estrictamente científica) ha sido y es de considerable importancia. La descomunal máquina destructora norteamericana está provocando el cambio de las condiciones biogeográficas y humanas (las climáticas se ven afectadas en menor grado) de las zonas afectadas por los bombardeos. Los ecosistemas existentes están experimentando tales roturas de equilibrio, que las transformaciones funcionales alcanzan dimensiones grandiosas. Aparte de un importante aumento de la contaminación ambiental de los tres elementos básicos: tierra, agua, aire, existe el peligro de extinción de las especies desarrolladas en régimen endémico.

Extensas zonas, antes habitadas según modelos de asentamiento humano tradicionales, permanecen hoy desiertas (si se exceptúan las ocasionales y provisionales ocupaciones por las fuerzas combatientes) a causa de los incendios, los cráteres, etcétera, que han inutilizado los campos de cultivo. La prueba más palpable radica en el fuerte éxodo rural que cualquiera de los países de la península Indochina ha experimentado, especialmente en los últimos cuatro años, como consecuencia de la célebre "escalada" norteamericana. Mientras a veinte kilómetros de Saigón se combatía (hace pocas fechas), en esta capital se apiñaban, hacinados, más de cuatro millones de seres humanos, lo que equivale a la cuarta parte de la población nacional sudvietnamita. Basta recordar que hace tan sólo cuatro años, en 1969, la población saigonesa oscilaba alrededor del millón de habitantes, y en 1972 superaba los cuatro millones. El incremento demográfico ha sido, pues, por término medio, de un millón de habitantes por año. ■ PABLO MORATA.